

"NI DE IZQUIERDAS NI DE DERECHAS"

Como la *izquierda política* se autocalifican todas aquellas formaciones que comparten, en su ideario, la lucha contra la desigualdad social. El concepto tiene sus orígenes en la histórica votación del 11 de septiembre de 1789, cuando en el seno de la Asamblea Constituyente tras la Revolución Francesa, se discutía sobre la incorporación del veto absoluto del rey, para la aprobación de las leyes, en el texto constitucional. Los que votaron a favor de tal privilegio real, se sentaron a la derecha del presidente de la Asamblea y los que defendían la soberanía nacional, a su izquierda. Desde entonces el término *de izquierdas* se utiliza para calificar el pensamiento progresista frente a otro más conservador que apuesta por mantener el *statu quo*, el *de derechas*.

Dentro de ese orden bilateral y antagónico, posiciones más radicales nos han llevado a sufrir ideologías extremistas como el nacional socialismo nazi o el comunismo pro ruso, dictaduras en uno u otro bando que proclamaban la grandeza de ciertos grupos sociales por encima de los demás. Tanto unos como otros sembraron miedo, odio, expolio y desolación, en su afán conquistador y totalitarista, creyendo que defendían valores universales y absolutos. Estas barbaries no habrían sido posibles sin el *divide et impera*, de unos ciudadanos contra otros.

La declaración universal de los derechos humanos y el resto de instrumentos internacionales post segunda guerra mundial son un llamado a la protección de las personas, independientemente de sus ideologías o diferente condición. Para conseguir este fin, la economía y la política, sea cual sea el modelo de producción que se adopte, tienen que ser un instrumento para garantizar los derechos y las libertades de las personas, la convivencia democrática, plural y respetuosa con las diferencias de los demás. Este es el gran reto del siglo XXI, dejar de darnos golpes en el pecho y de marcar nuestro territorio para demostrar quien manda en la selva.

Hoy, lo que realmente interesa a los seres humanos del mundo es acabar con la existencia indigna, la desigualdad, la falta de libertades y el desgobierno que existe en la mayoría de las sociedades contemporáneas.

En España, muchos ciudadanos, antes agrupados en partidos de izquierdas o de derecha, han comprendido que existe, para todos ellos, un problema común que resolver: recuperar la soberanía popular secuestrada *de facto*, por el poder económico. Ya no les valen los viejos conceptos, a esos hombres y mujeres que se sienten burlados, manipulados y extorsionados por los que dicen ser representantes suyos.

Ante esta rebelión popular, algunos temen tener que renunciar a sus privilegios. Los herederos de las fuerzas progresistas de antaño han perdido credibilidad y autoridad moral. Los políticos se han alejado demasiado del pueblo, mientras la demagogia y el

discurso vacío han dejado de ser eficaces. Es cuestión de tiempo poner fin a esa polarización sin sentido, porque no hay dos modelos posibles, hay millones de modelos posibles y es preciso atreverse al cambio.

Tras ese objetivo del interés común, la democracia y el consenso social avanza una fuerza política nueva, universal, que no es de izquierdas ni de derechas, que nos hermana y nos reúne en el único camino posible hacia la construcción de una sociedad más justa para todos.